

1903
«FUSIÓN DE LÍMITES»

Soledad González Ródenas

Mientras recitaba de memoria —«como siempre»— versos de Espronceda, notaba Valle-Inclán que en las *Rimas* del joven Juan Ramón había un evidente parentesco con los octosílabos del romántico español. No sin cierta displicencia asentía el poeta, convencido de que en sus romances sonaban ecos de Espronceda, sí, pero también de Bécquer, de Augusto Ferrán, de Rosalía de Castro, de Jacinto Verdaguer, de Musset, de Lamartine, de Heine, de Verlaine y de Rubén Darío. En definitiva, de una amalgama de autores castellanos, «rejonales», hispanoamericanos, franceses y anglogermánicos que, valorados desde su madurez, tan solo suponían una «primera fusión de límites» dentro de esa caja de resonancias en la que se convertiría su obra antes de adquirir una auténtica voz propia¹.

La misma expresión —«fusión de límites»— nos viene a la cabeza tras leer las páginas del *Diario íntimo* que Juan Ramón Jiménez escribió entre el 28 de octubre y el 27 de noviembre de 1903. A punto de cumplir los veintidós años, condensa en el relato de apenas un mes de su vida la esencia de un cruce de caminos —con destinos aparentemente discordantes— que resultará decisivo en su formación estética e ideológica y dará un vuelco completo a su existencia. El nodo en el que gravitan estos nuevos rumbos tendrá su sede en la Casa de

1. Véase «Ramón del Valle-Inclán (castillo de quema)», APÉNDICE, XIX, 2.

salud y convalecientes Nuestra Señora del Rosario de Madrid, donde el poeta se instala en octubre de 1901, tras pasar la primavera y el verano del mismo año en Burdeos, internado en la Maison de Santé de Castel d'Andorte. Hasta allí había llegado por recomendación del Dr. Luis Simarro, el más eminente de los psiquiatras que había entonces en España. Padecía el poeta graves síntomas de neurastenia y un pánico tan persistente a una eventual muerte súbita que el resto de su vida se vería obligado a residir lo más cerca posible de un médico o de un centro hospitalario.

Los meses pasados en Francia al cuidado del Dr. Gaston Lalanne habían atemperado solo en parte sus dolencias, no obstante, de forma repentina decidió el poeta regresar a España y abandonar el tratamiento y la casa en la que el médico lo había acogido junto a su familia, alejado de los demás internos. Aunque se desconocen los motivos exactos de tal determinación, los poemas que escribe en esta época vislumbran ciertos escauceos más allá de lo conveniente con el servicio doméstico, particularmente con la ayudante de cocina Françoise Larrègle —la Francina cantada en sus versos—, y quizás algunos inapropiados galanteos con la esposa del doctor, Jeanne Roussié², que pudieron ponerlo en algún aprieto y precipitar su marcha. Por los informes que puntualmente remitía el Dr. Lalanne a la madre del poeta sabemos que no fue el psiquiatra quien tomó esta decisión, sino el propio Juan Ramón, sin atender razones y sin tener en cuenta sus

2. A la esposa del Dr. Lalanne dedicará la sección «Variaciones inefables» de *Laberinto* (Madrid, Renacimiento, 1913) con las palabras: «A Jeanne Roussié “La Romántica” que, entre el vaho verde del jardín regado se paseaba conmigo, a la luna de junio, con las ramas de los sauces en los ojos». También su nombre aparecerá en la sección «Lo feo» de *Libros de amor* (Orense, Linteo, 2013, ed. de José Antonio Expósito).

consejos³. El caso es que una bruma se cierne en sus recuerdos, nunca será preciso respecto a sus vivencias en Burdeos y, con demasiada frecuencia, confunde las fechas y los lugares en los que realmente estuvo en esa época⁴.

No deja de resultar curioso que sea precisamente la depresión el reactivo que lo obligue a abandonar Moguer y entrar en contacto con ambientes imposibles en la serena placidez de su tierra natal. De regreso en Madrid, paciente ahora del mencionado Dr. Simarro e instalado en el Sanatorio del Rosario —rebautizado por él «Sanatorio del Retraído»—, volverá Juan Ramón a frecuentar la corte modernista con la que había entrado en contacto en abril de 1900. A aquella primera y breve visita a la capital había acudido cautivado por la consabida invitación que Francisco Villaespesa y su siempre admirado Rubén Darío le habían hecho para «luchar por el modernismo», después de quedar ambos impresionados por los poemas que había publicado en la revista *Vida Nueva*⁵. Asentado ahora en el Sanatorio, como un joven príncipe que recibe a su séquito en audiencia, pondrá Juan Ramón firme a la variopinta bohemia madrileña. Por su aséptica y ordenadísima estancia, rodeada de jardines, atendida por las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y tan ajena al bullicio de los antros de la ciudad, desfilará el cotarro modernista, compuesto —entre otros— por los inolvidables nombres de Valle-Inclán, Salvador Rueda, Cansinos Assens, los hermanos Machado, Gregorio y María

3. Véase Ignacio Prat, *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)*, Madrid, Taurus, 1986 (ed. de Carmen Jiménez), pp. 44-45.

4. Véase Ignacio Prat, *op. cit.*; José Antonio Expósito, «Introducción» a JRJ, *Libros de amor, op. cit.*; y Antonio Campoamor González, *Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. Años españoles (1881-1936)*, Huelva, UNIA, 2014.

5. Véase APÉNDICE, VIII.

Martínez Sierra, Julio Pellicer, Bernardo González de Candamo y, de nuevo, Villaespesa. Entre tertulia y tertulia, entre versos de Verlaine y de Darío, se fraguará la revista *Helios*, que verá su primer número en abril de 1903.

Qué duda cabe, era Juan Ramón un enfermo tan peculiar que se granjeaba un especial aprecio y la simpatía de los médicos que trataban su neurosis. También con el Dr. Simarro entablará una relación tan cercana que a menudo era su mujer, Mercedes Roca, la que acudía al Sanatorio a visitar al poeta y conversar tan amablemente como hubiera hecho con el hijo que no tenía. Se establece así un nuevo círculo de amistades en las que lo introduce el psiquiatra. Culto y sensible, amante de las artes, las ciencias y las letras, se desenvolvía Luis Simarro en los ambientes de la Institución Libre de Enseñanza, impartía clases de psicología y experimentaba en su laboratorio de la calle General Orúa, rodeado de brillantísimos colegas y discípulos que conformaban lo más granado de la Medicina del momento. Fue en su compañía como entró el poeta en contacto con los pedagogos Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío; con los pintores Joaquín Sorolla y Emilio Sala; y con hombres de ciencia tan relevantes como Antonio Madinaveitia, Gonzalo Rodríguez Lafora, Miguel Gayarre, Francisco Rodríguez de Sandoval y Nicolás Achúcarro. Simpatizó gratamente con todos ellos, especialmente con Achúcarro, a pesar de que sus diferencias de temperamento y formación eran más que notables.

La cálida acogida que los viejos y los nuevos amigos le dispensan es, no obstante, insuficiente. Juan Ramón continuaba inmerso en su deriva neurasténica, angustiado por las pesadillas y los terrores nocturnos y, lejos de su familia y de Blanca Hernández-Pinzón, a la que siempre recordará

como su «primera novia», se sentía solo, emocionalmente solo y falto de verdadero cariño. Ya en su madurez, Juan Ramón denominará esta sensación «pena blanca», «pena de todo y de nada, indefinible». Cuando intente encontrar una razón lógica a este profundo abatimiento que veía en la muerte su única salida, concluirá: «Parece que era determinado por la idea de mujer. Como yo estaba obsesionado por la carne blanca de la mujer, la pena podía ser también blanca. Mi pena era blanca y vestida por mí de negro. Porque me gustaba la mujer blanca vestida de negro. // Y esto ha seguido siempre en mí. La mujer desnuda, la obra y la muerte siempre las he visto blancas enmedio [sic] de lo negro»⁶. El cortés, elegante y amable joven que fue Juan Ramón lo hacía especialmente atractivo entre las mujeres que lo rodeaban, pero lejos de sentirse complacido por su «éxito», verá una vinculación directa entre su enfermiza insatisfacción vital y el tono melancólico de sus versos, con una pulsión sexual que lo abocaba a la necesidad de complementar su existencia con la plenitud que sólo una mujer espiritualizada y sensual a un tiempo podría proporcionarle. «Porque desde muchacho —dirá—, que yo recuerde, donde no estaba “ya” la luz y la sombra de la mujer, el amor misterioso de la mujer, faltaba todo para mí; el mundo estaba vacío y poco a propósito para reírme, como no fuera de mí o de él»⁷.

Parece hoy imposible hablar de Juan Ramón sin la constante presencia de Zenobia a su lado, pero hubo un tiempo en el que, para su desdicha, así fue. Los diez años que aún tardaría en conocerla deambuló el poeta por un sinfín de

6. JRJ, «Mi pena blanca», *Vida*, Valencia, Pre-Textos, 2014, p. 271 (ed. de Mercedes Juliá y M. Ángeles Sanz Manzano).

7. JRJ, «Una risa estraña», *Vida*, *op. cit.*, pp. 195-196.

relaciones, coqueteos y cortejos —reales o fantaseados— que se deslíen en las páginas de *Rimas*, *Arias tristes*, *Jardines lejanos*, *Libros de amor*, *Laberinto*, *Idilios*, *Baladas para después...* En definitiva, el conjunto de lo que llamará «borradores silvestres», libros todos «de una época en que yo estaba enfermo y era tan distinto de mi verdadera personalidad»⁸. El caso es que durante su estancia en el Sanatorio del Rosario tendrá muy cerca ese ideal de mujer que deseaba para completar su vida. Las jóvenes monjas, que a todas horas entran y salen de su habitación para atenderlo, materializan su reconocida obsesión por «la mujer blanca vestida de negro». Su imaginación se desbocará. Cualquier gesto amable de las hermanas Pilar Ruberte, Amalia Murillo o Filomena Cruchaga es interpretado como el inicio de un juego de seducción, aunque, por los hechos que se sucedieron, seguramente ese juego traspasó en algún momento los límites de la pura fantasía.

A principios de junio de 1903 Sor Amalia será desplazada a otra casa de la congregación, sin previo aviso y sin darle tiempo siquiera para despedirse de Juan Ramón. En la memoria del poeta quedará grabado para siempre el instante en que ella abrió inesperadamente la puerta de su habitación y, al ver que en ese momento estaba acompañado de Ángel del Pino Sardá —con el que tomaba clases de inglés y alemán—, volvió a cerrarla sin decir palabra. Fue la última vez que la vio. A su partida dedicará el poeta emocionadas reflexiones que publica en *Helios*, las cuales traslucen las evidentes razones por las que la joven y bella hermana tuvo que abandonar el Sanatorio:

8. JRJ, *Cartas (Primera selección)*, Madrid, Aguilar, 1962, pp. 217-218. (ed. de Francisco Garfías).

Y mi cuarto está solo y vacío para siempre; ya no se me aparece la novia temerosa y ligera, a darme un beso entre la penumbra y a traerme una rosa del jardín. Y mis soñadas noches de luna se han muerto, porque aquellas manos finas no me acariciarán en la sombra azul y perfumada.

Y te fuiste sin yo saberlo, mujer, y no te dejaron besarme ni mirarme siquiera; ¡te sacaron como a un cadáver odiado, como a un asesino, a la media noche, no sé qué día, ni a qué hora, a ti que estabas toda llena de rosas blancas!⁹

Ya anciano, volverá a rememorar este episodio en el texto titulado «Una rectificación en Puerto Rico»¹⁰, único testimonio en el que aclara que no solo fue Sor Amalia trasladada, sino que también él fue expulsado por la madre abadesa, con el consiguiente escándalo entre la congregación que regentaba el Sanatorio. A principios de los años cincuenta, convaleciente de una grave depresión, acudirá al hospital de beneficencia del Auxilio Mutuo de Hato Rey, dirigido entonces por el Dr. Amalio Roldán. Ambos se conocían desde 1903. Una sorprendente casualidad había hecho que el entonces recién licenciado médico coincidiera con el incipiente poeta en el Sanatorio del Rosario cuando acaecieron los hechos. No había olvidado el galeno el lamentable episodio y se negó a admitirlo en el centro caribeño, también atendido por religiosas. Juan Ramón culpará a los celos y los recelos del médico y la madre abadesa de su forzado abandono del Sanatorio. «Y todas lloraban, y yo también»¹¹, dirá del momento en el que se despidió de aquellas monjas,

9. Véase APÉNDICE, XVII, 1-2.

10. Véase APÉNDICE, XVII, 3.

11. *Ibid.*

a las que llama «Las niñas» en las prosas que componen *El Sanatorio del Retraído*¹².

Tras pasar el verano en la Sierra de Guadarrama, acompañado del Dr. Sandoval —el «Sandovalito» de sus recuerdos¹³— y unos días en Moguer con su familia, regresará a Madrid a finales de septiembre. Coincidirá su estancia en Huelva con la prematura muerte de Mercedes Roca¹⁴, el 11 de agosto de 1903, tras la cual el Dr. Simarro quedará completamente desolado. Redundaba esta pérdida en la penosísima historia familiar que arrastraba el médico desde su infancia, pues su padre —el pintor Ramón Simarro Oltra— había fallecido cuando él apenas contaba tres años, víctima de la tuberculosis, y su madre —la poeta Cecilia Lacabra—, según se cuenta, se arrojó desesperada ese mismo día por el balcón de su casa con el pequeño Luis en brazos. Tan solo sobrevivió el niño. Juan Ramón hará referencia a estos hechos en el texto titulado «Los padres desconocidos», donde evita mencionar los nombres de los protagonistas¹⁵.

Contará siempre el poeta que, tras su regreso a la capital, se instaló en la casa del Dr. Simarro a petición suya, con el ánimo de paliar la tormentosa soledad que este sentía; que ambos sentían, en realidad. Toda su correspondencia de entonces es remitida desde la calle Conde de Aranda, 1 —la dirección de Simarro—, a pesar de que el *Diario íntimo* demuestra que al menos en octubre y noviembre de 1903 no convivía realmente con él, sino en alguna pensión —cuyo nombre jamás menciona—, a la que acudía a comer

12. Véase APÉNDICE, I.

13. Véase APÉNDICE, XIV.

14. Véase APÉNDICE, III.

15. Véase APÉNDICE, IV, 4.

y a dormir. Sí es cierto que pasaba muchas horas en la residencia del médico y que lo acompañaba a sus clases, al laboratorio y a una buena parte de las visitas que hacía a sus pacientes y amigos.

Es precisamente en este momento cuando Juan Ramón Jiménez inicia la redacción del diario que nos ocupa, un *Diario íntimo* en el que llevar «la cuenta corriente de mi cuerpo y de mi alma» y «escribir todas las noches las emociones y los paisajes de los días de mi vida». Lamentará la demora de esta decisión y «haber dejado perder el frescor» de sus «aventuras de toca blanca». El tono inicial, bastante anovelado y más bien propio del marqués de Bradomín, ínclito protagonista de la *Sonata de otoño* que Valle-Inclán justo acababa de publicar el año anterior, no se mantendrá en las páginas siguientes. Inmediatamente encontraremos al poeta prestando solícita ayuda al Dr. Simarro, que ultima los detalles de la lápida de su esposa en el cementerio de la Almudena. Se avecina el día de difuntos, y mientras los árboles dejan caer sus hojas en el Paseo de Recoletos, en casa del afable Santiago Pérez Triana se citan —«en reunión magna»— el inquieto Gregorio Martínez Sierra, Carlos Navarro Lamarca —«ese mantequero»—, el amigo Ródenas y nuestro poeta. Despacharán «a la carrera» la octava entrega de *Helios*. Recibe alentadoras cartas de Rubén Darío desde París. De noche, a solas en su habitación, añorará el cariño de su madre y se sumergirá en la pesadilla, el miedo y la obsesión, cuando no consigue refugiarse en la luminosa imagen de su amada Sor Pilar —su «Venus de Milo»—, en vista de que en la hermana Amalia «mejor es no pensar».

Desde su mismo título se hace evidente el parentesco del *Diario íntimo* de Juan Ramón Jiménez con el célebre *Journal intime* de Henri-Frédéric Amiel. La enorme popularidad que alcanzó la selección que del mismo publicara Edmond Scherer¹⁶ en 1883 provocó que la vida de su autor interesara tanto o más que su obra o, mejor dicho, que el recuento de sus días acabara convirtiéndose en su mejor obra. Sin duda tuvo mucho que ver en ello la creciente importancia que durante el Romanticismo se concedió a la subjetividad del individuo y a las particularidades de su idiosincrasia frente a estereotipos cerrados y constricciones sociales que limitaban la libre expresión de su singularidad. Poco a poco el escritor se convertirá en un «hombre público», consciente de su relevancia social y de la curiosidad que su vida privada suscita entre sus lectores. A lo largo del siglo XIX fue tal la proliferación de la escritura diarística que terminó siendo un género en sí misma. La recuperación póstuma de los diarios de Goethe, de Byron y de los hermanos Guérin abundó en una moda que cundió en la Europa de finales del XIX y principios del XX. No habrá escritor que se precie, sobre todo en Francia, sin su diario. Alfred de Vigny, Marie Bashkirtseff, Edmond y Jules de Goncourt, Jules Michelet, Stendhal, Eugène Delacroix y Benjamin Constant; seguidos por los más jóvenes Pierre Louÿs, Julien Green, André Gide, Maurice Barrès, Pierre Loti, Jules Renard, Paul Valéry o Marie Lenéru, expondrán su intimidad en un ejercicio que cada vez deja menos margen

16. Henri-Frédéric Amiel, *Fragments d'un journal intime, précédés d'une étude par Edmond Scherer*, París, Sandoz et Thuillier, 1883-1884 (2 vols.).

a la espontaneidad del día a día y más espacio al deseo de crear una determinada imagen pública¹⁷.

Vive Juan Ramón Jiménez una época en la que el diario ha dejado en gran parte de constituir en sí mismo un documento personal no destinado a la imprenta. Muchos autores se afanarán en escribirlos a sabiendas de que estos serán publicados, pues son ellos mismos los que los gestan con tal destino. Crean así en sus lectores el efecto de que están traspasando cotos vedados a sus ojos, cuando en realidad solo acceden a aquellas estancias donde se desea su presencia. La novedad que esto supone en el ámbito de las letras resulta muy atrayente en un momento en el que también la literatura empieza a ser un negocio. No debemos descartar, por tanto, que el poeta iniciara la redacción de su *Diario íntimo* con la intención de publicarlo. De hecho, en una anotación guardada en sus archivos se lee: «Prosa primera, I. Los trozos buenos del / Fragmentos de mi “Diario íntimo”»¹⁸, lo cual indica que de haber podido concluir el primer proyecto de edición de su obra completa, hubiera incluido en ella al menos una selección de las entradas que lo componen.

Por otra parte, era muy habitual que en *Helios* se publicaran fragmentos diarísticos, como es el caso de las varias entregas que aparecieron del «Dietario de un alma» de Alejandro Sawa; «De mi diario» de Carlos Navarro Lamarca;

17. Véase Michel Braud, «L'auteur du journal intime», *Theory Now: Journal of Literature, Critique and Thought*, 4, 1, enero-junio, 2021, pp. 151-165; y Eloy Navarro Domínguez, «Diarios y poetas: confluencias entre escritura poética y escritura diarística anteriores al *Diario de un poeta recién casado*» en Margarita García Candeira, ed., *Poesía cada día. El diario poético en la tradición hispánica*, Huelva, UHU-Biblioteca de Estudios Juanramonianos [en prensa].

18. Archivo Histórico Nacional, caja 16, 94/5.

«Del libro de una vida» de José Ortiz de Pinedo; y «Notas de un sentimental» de Bernardo G. de Candamo. Como ya hemos comentado, el cuidado y tono con el que redacta sus primeras líneas no parece tener otro objetivo que su difusión pública. De hecho, algunas frases e incluso algunos párrafos completos, como el que da comienzo al día 30 de noviembre, aparecieron de manera anónima en el «Glosario» de *Helios* del mismo mes. También en esta sección se publicaron algunos episodios de su vida que, aunque no se encuentran entre los manuscritos del *Diario íntimo* que conocemos, tienen su mismo objetivo y están temporalmente acotados. Es el caso del recogido en el número de julio de 1903, iniciado con las palabras: «Primeros días de junio. Tengo el corazón destrozado porque una mano cruel ha roto el idilio más bello de mi vida», en el cual se duele de su brusca y forzada separación de Sor Amalia.

Otros fragmentos, sobre todo aquellos en los que el poeta se exhibe en la descripción de su entorno y del ambiente otoñal que lo rodea, evocan la tantas veces citada frase que Amiel anotó en su diario el 31 de octubre de 1852, después de pasear bajo «un cielo grisáceo y rizado de nubes»: «Todo paisaje es un estado de alma, y el que lee en ambos queda maravillado de encontrar en cada detalle la semejanza»¹⁹. El mismo día de 1903, Juan Ramón escribirá: «Madrid humea a lo lejos. Por todas partes hay crisantemas blancas, crisantemas malvas y amarillas. Y las llanuras de esta árida Castilla, y lo seco y lo sucio de sus caminos, todo esto tan ocre me empolva el alma y me llena de una hiperestesia fastidiosa». El día 9 de noviembre añadirá:

19. Henri-Frédéric Amiel, *Diario íntimo*, Sevilla, Renacimiento, 2019, p. 120 (traducción de Clara Campoamor).